

# DESPUÉS DE CUBA

Antonio Álvarez Gil



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

*A ese pequeño rincón de Cuba  
que llevo siempre conmigo, a sus gentes.*

*Y, por supuesto, a Galia,  
sin cuya asistencia esta novela no sería la que es.*



*... perdidos como un agua desvelada que pasa  
silenciosa y no vuelve.*

PABLO GARCÍA BAENA

*... y nunca sabré quién soy,  
tampoco sé adónde voy  
ni hasta cuándo estaré aquí.*

MANUEL ALTOLAGUIRRE

*He's a real nowhere man  
Sitting in his nowhere land  
Making all his nowhere plans for nobody*

LENNON-McCARTNEY



## I

Un viernes de octubre de 1999, Rolando Ortega se desesperaba dentro de su coche en una carretera de Madrid. Ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba metido en aquella ratonera, y todavía le faltaba un buen tramo para llegar al Nudo Norte y salir de la M30. Por desgracia, las perspectivas no eran buenas. Viendo cómo estaba el tráfico, bien podía hacerse una idea del caos que reinaría en La Castellana y, sobre todo, en la Plaza de Castilla, con sus cientos de coches atravesados en la rotonda y los autobuses saliendo de su parada inicial y bloqueando buena parte de la vía. Y todo, precisamente, en una tarde en la que habría querido llegar temprano a casa.

Tiene que haber habido un accidente en algún sitio de la M30, se dijo Rolando, a punto de rozar la defensa trasera de un *Audi* que lo precedía en la fila. Un *Audi A6* turbo, negro y brillante, impecable, casi de paquete. Lo único que le faltaba, un choque con semejante carroza a aquella hora. Un peligro. Además, la mirada inquieta del conductor, que se asomaba continuamente al espejo retrovisor, daba buena fe del celo que ponía en el cuidado de su caro transporte. Era la mirada de un tipo pedante, de la última persona del mundo con quien uno debería entrar en un conflicto por una rozadura. Paciencia, se exigió Rolando mientras volvía a poner la palanca de cambios en punto muerto y se disponía a esperar el próximo despegue. Tal parecía que todos los vehículos del mundo se hubieran dado cita esa tarde de viernes en

aquella zona de la M30. Si no fuera por los avances milimétricos que se producían cada pocos minutos, habría sido mejor apagar el motor y esperar a que la vía se despejara. Pero eso tampoco era posible. En definitiva, pasaban los minutos y la fila apenas avanzaba. Paciencia, se repitió, mientras miraba por la ventanilla izquierda y descubría un hermoso rostro de mujer joven que, tras el volante de un *Golf*, parecía sufrir tanto o más que él con el atasco. Bueno, se dijo, apretando el botón de la reproductora, que sea lo que sea. Inmediatamente, la melodía de una canción italiana salió del aparato e inundó el ambiente. No sonaba mal como fondo de escena. Pensó que tal vez fuera buena idea bajar la ventanilla, compartir la música y proponerle un diálogo cualquiera a la muchacha de la izquierda. Y estaba casi a punto de hacerlo, cuando la fila de la chica se movió hacia delante y, en lugar de la fémina de perfil griego, en su campo de visión se proyectó una sucesión de rostros de hombres y mujeres que evidentemente se felicitaban por la suerte de haber dejado atrás a sus rivales del atasco. Cuando su fila de nuevo se detuvo, el lugar de la chica lo ocupaba un señor de traje con cara de funcionario de la Comunidad. Mientras, la vía de la muchacha parecía haber alcanzado repentina prioridad y los vehículos se desplazaban algo más rápido por ella. Bueno, que le vaya bien, pensó Rolando. Tal vez su marido la estaba esperando en casa, o quizás tenía que recoger a sus hijos pequeños en el colegio. Él, en cambio, no tenía a nadie esperándolo en ningún lugar. Aunque sí. Quizás sus hijos estuvieran en casa, esperando su llamada. En todo caso, le habían hecho prometer que los llamaría cuando supiera la fecha exacta de su viaje. Y hoy la había sabido. Se alegrarían, por supuesto. Porque, a pesar de que no habían vuelto a Cuba, los muchachos seguían pensando en ella. Llamaría también a su hermana, aunque con ella no había tanto apuro. Todo, por supuesto, dependía del atasco. Quizás si conociera mejor la ciudad, no le habría ocurrido aquello. Seguramente existían mejores caminos para llegar a casa. De todas formas, ya no

había otra salida que continuar hasta la Plaza de Castilla, seguir por Bravo Murillo y hacer, en definitiva, la ruta que hacía siempre que regresaba del trabajo. Paciencia, se repitió una vez más, tratando de calmar la ansiedad.

Todo aquello, por cierto, eran detalles. Lo importante era que esa tarde, sin moverse de su puesto de trabajo, había reservado su pasaje a Cuba. Lo había pagado, incluso. Bendito Internet, que facilitaba tanto la vida. Dichoso invento. Ahora sólo le faltaba el permiso de entrada, algo en lo que la red de redes no podía prestarle la menor ayuda. La encargada de tramitarlo era la red de la embajada y sus funcionarios. Y con ellos las cosas eran diferentes. Para eso sí que tendría que madrugar, hacer la cola en el consulado, pedir el permiso y esperar luego entre ocho y diez semanas, según le había dicho un conocido que había viajado recientemente a la isla. Su reservación estaba hecha para dentro de cuatro meses, de modo que pensaba que, en principio, había tiempo suficiente. En principio, porque con las autoridades cubanas nunca se sabía. De todas formas, imaginaba que él no debía de tener ningún problema para entrar. Según tenía sabido, desde hacía varios años su «culpa» había prescrito. Mucho antes de la fecha escogida para su primer regreso a Cuba, Rolando Ortega Mesa no era nada más que otro nombre en la lista de cubanos de la «diáspora».

El piso que alquilaba en el barrio de Tetuán, en Madrid, era pequeño pero moderno y, entre otras comodidades, disponía de un garaje en el sótano que aliviaba mucho la vida de los habitantes del edificio. En un barrio como aquel, de calles estrechas y siempre repletas de vehículos estacionados hasta en los más inverosímiles lugares de la acera, contar con un sitio particular y seguro para dejar el coche era algo que producía una enorme tranquilidad. Rolando lo confirmó una vez más, mientras ascendía la cuesta de Gardenias y se abría paso por el estrecho pasillo que quedaba disponible a la circulación. Eran pasadas las siete de la tarde

cuando se detuvo frente a la entrada del garaje y abrió la puerta levadiza con la ayuda del mando a distancia. A los pocos minutos, salía del ascensor en el tercer piso y entraba al apartamento donde residía desde hacía casi un año.

Una vez en casa, dejó el maletín de trabajo sobre una silla y se fue directamente a la cocina. Allí abrió el refrigerador y, tras una breve inspección, cogió una muestra de todo lo interesante que encontró en el aparato y se preparó un buen emparedado. Lo puso luego en la plancha y, mientras se calentaba, abrió la puerta de la terraza y salió para regar las plantas. Hacía rato que el sol se había puesto, pero aún no había oscurecido del todo. Aquél era, sin duda, el mejor momento para sentarse a disfrutar de la terraza. Le gustaba comer allí los fines de semana y las tardes en que llegaba temprano del trabajo. Le gustaba, sobre todo, por la vista de la Sierra de Madrid que se ofrecía ante sus ojos. Ahora mismo, por ejemplo. Aunque la oscuridad se las había comenzado a tragar, todavía podía verse la mancha borrosa de las cumbres asomando su cresta en lontananza. A aquella hora de la tarde parecían querer fundirse con el gris oscuro de los celajes.

Cuando regresó a la cocina, sintió el olor del pan que estaba a punto de quemarse y corrió hacia la plancha para desconectarla. Seguidamente, colocó el emparedado en un plato, se sirvió un vaso grande de leche y, acomodándolo todo en una bandeja, regresó a la terraza para despachar su cena sentado a la mesa que el dueño del piso había dejado allí. Comió con gusto, observando cómo el paisaje de azoteas y techos del vecindario se disolvía poco a poco en la noche. De repente, recordó su idea de llamar a sus hijos a Berlín y a su hermana en Santa Marta para darles la noticia de su viaje a Cuba. Y dejando la comida en la bandeja, entró de nuevo en la casa, cogió el teléfono inalámbrico y regresó con él a la terraza. Enseguida, sin dejar de comer su emparedado, marcó con movimientos mecánicos, casi inconscientes, el número de su antiguo hogar en Berlín. Hablaría primero con Roly, que como era

el más pequeño, vivía todavía con su madre. Luego probaría con Harold, que alquilaba un piso con su novia. Quizás a aquella hora estuvieran en casa, o tal vez, teniendo en cuenta su carácter fies-tero, habría salido con la muchacha. ¿Adónde podrían ir esos chi-quillos un viernes por la noche? Estaba tratando de aventurar posibles destinos, cuando escuchó el timbre del aparato llamando en su antigua casa. Justo entonces lo asaltó la irremediable sensa-ción de nostalgia que experimentaba siempre que hablaba con Berlín. Por suerte, enseguida se oyó la voz de Greta contestando al teléfono.

—Hola —dijo él, sin poder evitar un amago de pena—, soy yo.

—¡Rolando! —Exclamó su ex mujer alegremente, y él tuvo la peregrina idea de que todos se encontraban en casa, y que ella lo nombraba en voz alta para que los muchachos supieran que su padre estaba al teléfono—. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien —respondió él, y de repente sintió que le faltaban pala-bras alemanas para expresar lo que quería decir. No era la primera vez que le ocurría. La falta de práctica se dejaba sentir cada vez más. Por fin, y no sin cierto esfuerzo, pudo preguntar:— ¿Cómo están ustedes por allá?

—Muy bien —dijo Greta y enseguida su tono pareció cam-biar—. Querías hablar con Roly, ¿no?

—Sí —Rolando se detuvo. Ahora Greta le diría que su hijo menor no estaba en casa. Debía haberlo supuesto, teniendo en cuenta que, al igual que su hermano, tampoco era ningún niño. Había cumplido 20 años y seguramente también salía con sus amigos los viernes por la noche. ¿Tendría alguna chica fija? Ten-dría que preguntárselo cuando hablara a solas con él. Tuvo el pre-sentimiento de que había llamado por gusto, que, al menos esa noche no podría hablar con ninguno de los muchachos. De todas formas, insistió:— ¿Por qué? ¿No está en casa?

—Exactamente —dijo ella—. ¿Le dejo algún recado?

Rolando no lo pensó para explicarle a Greta el motivo de su llamada. Ella pareció alegrarse, aunque le pidió que averiguara bien por las «condiciones» (empleó esa palabra) en que se desarrollaría su viaje a Cuba. Sin recordarle el motivo por el que no había vuelto a su tierra desde hacía casi diez años, terminó su charla diciéndole que él, por supuesto, sabía lo que hacía, pero que ella quería recordarle una vez más que, por mucho pasaporte alemán que él tuviera en el bolsillo, al entrar en Cuba se convertía en un cubano más, y por tal motivo estaba sujeto a la sinrazón que imperaba en la isla. Y para finalizar su perorata añadió:

—¿Has pensado en todo eso?

—Por supuesto —respondió él—, y sé que no hay problemas.

—Bueno —dijo ella, sin ocultar su tono de advertencia—, tú sabrás.

—Dime una cosa —comenzó Rolando, ignorando la advertencia—: ¿puedes decirles a los muchachos que me llamen mañana para hablar del asunto?

—Por supuesto —dijo también Greta. Recalcó la expresión como si la hubiera encerrado un par de comillas gigantes. Quizás le estuviera queriendo decir que ella también sabía interpretar las palabras alemanas e interpretar los tonos y las lecturas entre líneas.

La llamada a su hijo mayor la realizó sólo cuando hubo despachado su improvisada cena. No tenía demasiadas esperanzas de encontrarlo en ningún lugar. Y así fue, de modo que le dejó el recado y miró el reloj pensando si era o no conveniente llamar a esa hora a Cuba. Con Cuba las cosas eran más complicadas, y no sólo por la diferencia de horario. En general, llamar a su país era una moneda al aire. Nunca se sabía de qué lado caería. Esa noche, por ejemplo le fue imposible comunicar. En lo absoluto. Al día siguiente, mirando el telediario de la tarde, Rolando supo que por la zona había pasado un temporal. Era, con seguridad, un motivo suficiente para estropear la comunicación telefónica. Como dirían en Cuba, un motivo de peso.